

Verdades de la mentira política

Martin Jay. El historiador sostiene que ocultar y mentir genera casos como el de Wikileaks que actuó contra el secretismo y a favor de la libre expresión.

POR DIEGO ERLAN. DESDE VALPARAISO - 26/12/15



Sus investigaciones se centran en la historia de la intelectualidad de la Europa moderna, teoría crítica y en cultura visual.

Esta conversación empieza en un ascensor y termina en el lobby de un hotel de Valparaíso. Estamos en el enorme festival Puerto de Ideas, que se realizó en noviembre, y el hombre que acaba de subir en el quinto piso, el que acaba de preguntar si bajamos y que sonríe con cara amistosa es el primer historiador que investigó alguna vez la génesis e influencia de la Escuela de Frankfurt. No es poco. Ninguna de las historias que se escribieron posteriormente (la de Rolf Wiggershaus, por ejemplo) sobre la célebre escuela puede negar el precedente de un clásico de la teoría crítica como *La imaginación dialéctica*. Y eso lo sabe Martin Jay que, con modestia, acepta tomarse un tiempo y hablar sobre los temas en los que está inmerso. Es especialista en historia intelectual europea, en la historia del marxismo occidental, teoría crítica y cultura visual, desde esa trinchera del pensamiento que es el departamento de Historia de la Universidad de Berkeley, en California.

La conferencia que vino a dar en Valparaíso tiene como título “La verdad de la mentira en la política” y parte de uno de sus libros más recientes, *The Virtues of Mendacity: On Lying in Politics* [Las virtudes de la mendacidad: Sobre la mentira en política] (University of Virginia Press, 2010), donde el profesor Jay analiza el uso de la mentira en diferentes épocas, desde Platón hasta el escándalo Clinton Lewinsky. Cómo se constituye una mentira bajo determinadas circunstancias, analiza Jay, cambia en otras. “El cristianismo, por ejemplo, hizo hincapié en la importancia del pecado de la mentira como causa para la condena personal”, explica. “De este modo podemos pensar que se trasladó su importancia más allá de la relación entre las personas o su dimensión pública para cumplir un rol en la vida eterna, el alma, el individuo hasta llegar a convertirse en algo muy diferente teniendo en cuenta sus consecuencias. Y, para determinados cristianos, como San Agustín, la mentira no era permitida bajo ninguna circunstancia porque

básicamente debilitaba la calidad del alma inmortal, que es un gran cambio con respecto a lo que decían los griegos cuando la mentira no era entendida como un peligro para la salvación personal”.

Jay entiende que la presión por hacer todo público en el mundo digital, de exponer todos los secretos y forzar la transparencia en cualquier circunstancia, puede ser una espada de doble filo. “Es bueno conocer los engaños de nuestros líderes electos, si los hay, y sacar a la luz sus agendas ocultas, pero a veces la confidencialidad es necesaria”, dice. “Por ejemplo, ¿queremos que los reportes de nuestros diplomáticos, que comentan con franqueza sobre los asuntos y personalidades de los países donde ellos están estacionados, estén a disposición de las miradas indiscretas en esos países? ¿Queremos que nuestras opciones en una votación secreta se hagan públicas, arriesgando un desquite por parte de aquellos a los que no votamos? ¿Queremos que nuestros registros financieros o médicos o nuestras preferencias sexuales sean de público conocimiento, para un potencial uso nefasto por parte de corporaciones así como de los gobiernos? La presión para confesar es, como lo señaló Foucault, una de las maneras en las que opera la disciplina en el mundo moderno, y eso sólo se magnifica con el poder de las nuevas tecnologías.”

–¿Considera que el affaire Wikileaks afectó la democracia?

–El affaire Wikileaks generó interesantes preguntas, porque ciertamente mostró a los ciudadanos que era posible protestar en contra de este secreto y hacer algo al respecto, y del mismo modo servía para exponer las cosas que el gobierno había tratado de ocultar. Sin embargo, también me sentí un poco incómodo porque algunas de las cuestiones que se revelaron deberían haber permanecido confidenciales, y pienso que la confidencialidad es un aspecto fundamental para las operaciones gubernamentales especialmente cuando se trata de relaciones internacionales. Así que la exposición de ciertas personas que exponían honestamente sus opiniones sobre su gobierno, la exposición de esas personas ante el escrutinio público sobre lo que habían dicho era un efecto problemático de lo que estaba haciendo Snowden, y lo que Assange y el resto de ese grupo estaba haciendo para crear una especie de cibertransparencia. Pienso que uno tiene que ser muy cuidadoso en reconocer que, en determinadas circunstancias, es útil mantener la confidencialidad, el secretismo, para proteger la sinceridad y la decencia de las personas que de otra manera quedarían expuestas. Pero en general creo que el escándalo Wikileaks ha proporcionado una manera eficaz de revelar algunas de las cosas que el gobierno estadounidense hizo y fue importante que haya sido expuesto al público. Por otro lado, también lamento que no haya sido completamente recíproco, expuso los secretos estadounidenses, pero todos los gobiernos pudieron quedar expuestos de la misma manera. Creo que fue injusto que algunas personas quedaran expuestas mientras que otras no.

–¿Pero Snowden, entonces, fue un héroe o un villano?

–Siento que es una figura heroica. Lamento, de todos modos, que haya abandonado Estados Unidos sin haber tenido el coraje de cumplir su condena por violar la ley. Durante el movimiento de Derechos Civiles, cuando la gente violaba la ley para crear una nueva justicia en los Estados Unidos con respecto a cuestiones raciales, hacían varias cosas en contra de la ley y tuvieron que pagar su condena, iban a prisión durante un corto tiempo, pero estaban dispuestos a desafiar esa ley, porque reconocían que las leyes deben ser atendidas para que luego puedan modificarse. Así que estuve un poco consternado con su decisión de abandonar el país, especialmente para ir a Rusia, un país que no parece interesarse demasiado por la libertad de expresión. Pero creo que lo que hizo fue heroico y generó cierta preocupación en el gobierno.

–¿Y cuál es el futuro del sistema democrático en este contexto?

–El democrático es un sistema siempre imperfecto. Como le gustaba decir al filósofo Jacques Derrida: algo por venir. Algo que esperamos que va a pasar pero que todavía no ha ocurrido. Así que la democracia es algo muy frágil y que puede revertirse, por eso pienso que la transparencia y la posibilidad por comprender qué es lo que está pasando con nuestro gobierno ayuda enormemente a la democracia pero a la vez si los gobiernos tienen la habilidad de penetrar en el escudo de privacidad, entonces después no quedará espacio en nuestras mentes para el pensamiento propio, para nuestros intereses, nuestras palabras y acciones. Entonces, en ese caso, la democracia sufre porque el gobierno se entromete profundamente dentro de nuestras vidas, así que creo que las cibertecnologías proveen a la vez oportunidades pero también demasiados peligros.

–Usted analizó el modo en que la Escuela de Frankfurt mantuvo su independencia para la investigación científica y la libertad de pensamiento, ¿cómo observa las perspectivas de independencia en el contexto actual, donde la hegemonía en investigación le pertenece al Estado o a laboratorios privados?

–Desde luego, en determinadas circunstancias, hay limitaciones para los investigadores si están ligados a intereses gubernamentales o corporativos. Y eso resulta muy problemático. La investigación totalmente libre es un ideal y, como ideal, a veces es traicionado por la realidad del que apoya y por cuáles son los efectos que –se supone– debe producir. Una vez dicho esto, al menos en los Estados Unidos no hay suficiente espacio libre para la investigación científica ni para la investigación realizada por las ciencias sociales. Existen las investigaciones que se realizan fuera de las universidades, en los llamados *think-tanks*, lugares donde la investigación se realiza mediante la enseñanza, donde se lleva a cabo sin interferencia corporativa o gubernamental, así que la investigación, a veces, puede también estar financiada por individuos ricos que crean su propia fundación. Es decir que la mezcla entre lo público y lo privado, sostenido en base a impuestos o filantropía, es lo que posibilita la autonomía de la investigación, de una investigación desinteresada y suficientemente crítica. Sin embargo, en el contexto estadounidense, estoy preocupado por las restricciones impuestas a la autonomía de la investigación. La Escuela de Frankfurt –el instituto de investigación social– fue muy afortunado en su historia al tener un solo benefactor que, al principio, le dio una gran cantidad de dinero y aunque luego ese flujo financiero se secó, con ese envión fueron capaces de llevar a cabo su trabajo sin ningún tipo de interferencia, pero esa es una rara circunstancia y no podemos contar con que ese tipo de cosas suceda con demasiada frecuencia.